

Índice

PRÓLOGO		5
CAPÍTULO 1	La Fe es «eclesial»	9
	Credo de los Apóstoles	12
	Credo niceno-constantinopolitano	12
	Credo del Pueblo de Dios (Pablo VI)	13
CAPÍTULO 2	El nuevo contexto histórico-cultural en el que debemos explicar el contenido del Credo de nuestra Fe	19
CAPÍTULO 3	Creo–creemos	25
	Lo que significa la expresión «creo-creemos»	25
	Dios es el primero en todo	26
	Los hombres llevamos dentro «un chip» que nos hace religiosos	27
	Podemos conocer y amar a Dios	27
	Podemos hablar de Dios	29
	Lo que Dios nos ha revelado	30
	Dios se ha ido desvelando por etapas históricas	31
	Valor y sentido de las revelaciones «más particulares»	32
	Originalidad de la Fe cristiana	33
	Dios garantiza su revelación por medio de la Tradición Apostólica	34
	Intérpretes autorizados de la Revelación	36
	La relación entre Escritura, Tradición y Magisterio	37
	La Sagrada Escritura enseña la verdad	37
	La persona humana debe responder a Dios con Fe	40
	La Fe, un «sí» personal y eclesial	41
	Los símbolos de Fe o Credos cristianos	42
CAPÍTULO 4	Creo en Dios Padre	45
	Creemos en un solo Dios	47
	El nombre de Dios	48

	Dios es Único y, al mismo tiempo, Trinidad de personas	49
	En el principio Dios creó el cielo y la tierra	52
	Fe en un Dios Creador y teorías de la evolución	54
	El misterio del mal	57
	Existen los ángeles	61
	La persona humana	65
	Varón y hembra los creó	66
	Pecado de hombres y ángeles	70
CAPÍTULO 5	Creo en Jesucristo	75
	Jesucristo, Buena Noticia	76
	Jesucristo, hijo unigénito de Dios	77
	Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre	78
	La persona humana y divina de Jesucristo	78
	Concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nacido de Santa María Virgen	79
	Toda la Vida de Jesucristo es un misterio	80
	Jesús y el Reino de Dios	82
	Fue crucificado, muerto y sepultado	86
	Jesucristo descendió a los infiernos	89
	Al tercer día resucitó de entre los muertos	90
	Jesucristo subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre Todopoderoso	92
	El cielo	92
	El purgatorio	92
	El infierno	93
	Ascensión de Jesucristo	93
	Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos	94
CAPÍTULO 6	Creo en el Espíritu Santo	97
	El Espíritu Santo	98
	El Espíritu Santo en la Sagrada Escritura	99
	Los símbolos del Espíritu Santo	100
	La obra del Espíritu Santo en las personas	101
	El Espíritu Santo y la Iglesia en los bautizados	102

Creo en la santa Iglesia católica	105
La Iglesia	108
Origen y misión de la Iglesia	109
La Iglesia: Pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, templo del Espíritu Santo	110
La Iglesia es comunión, y es una, santa, católica y apostólica	111
Iglesia «communio»	111
Iglesia una	112
Iglesia santa	113
Iglesia católica	113
Pertenenencia a la Iglesia	113
Iglesia misionera	114
Iglesia apostólica	114
Iglesia y Eucaristía	115
Los fieles en la Iglesia: jerarquía, sacerdotes, laicos, vida consagrada	115
Fieles y jerarquía	116
Los fieles sacerdotes	118
1 El presbiterado, participación sacramental y ministerial en el sacerdocio de Cristo	119
2 El presbítero como evangelizador	119
3 El presbítero como pastor de la comunidad	120
4 El presbítero, hombre de oración y de caridad	120
5 El presbítero insertado en la sociedad: en el mundo sin ser mundanos	120
6 El presbítero y la comunión presbiteral	121
7 El presbítero y la vivencia del celibato	122
Los fieles laicos	123
1 Ser laico es ser cristiano sin más	124
2 La secularidad como rasgo específico de los laicos	125
3 La alternativa comunidad/ministerios	126
Los fieles de especial consagración	128
Fundamentos bíblicos de la vida consagrada	128
La vida consagrada como un modo peculiar de seguir a Jesús en comunidad	129

	La vida consagrada: un carisma en la Iglesia y para la Iglesia	129
	La vida consagrada hoy	130
	La vida consagrada en «dimensión trinitaria»	130
	La Iglesia y los nuevos movimientos	132
	Iglesia de sinodalidad	133
	El sínodo como ejercicio de la episcopalidad	134
	Mediación privilegiada para la renovación y aplicación del Vaticano II y la dinámica de la nueva Evangelización	134
	Gran asamblea eucarística, que expresa la comunión para la misión	136
CAPÍTULO 8	Creo en la comunión de los santos	139
	Su significado	140
	María, Madre de Cristo, Madre de la Iglesia	141
	La Virgen María en la doctrina del Concilio Vaticano II	142
	Breve desarrollo de los números conciliares	143
	1 María en el misterio de Cristo	143
	2 María y la Iglesia	143
	3 Intención del Concilio	144
	4 La Madre del Mesías en el Antiguo Testamento	144
	5 María y el anuncio del ángel	144
	6 María y el niño Jesús	145
	7 María en la vida pública de Jesús	145
	8 María después de la glorificación de Jesús	145
	9 María, la esclava del Señor y del Redentor	145
	10 María es nuestra Madre en el orden de la gracia	146
	11 Constante colaboración de María en nuestra salvación	146
	12 Como Virgen y Madre, María es figura de la Iglesia, que es también Virgen y Madre	146
	13 María precede a la Iglesia con su ejemplo	147
	14 Honra y veneración que la Iglesia tributa a María	147
	15 María, señal de esperanza cierta y de consuelo	147
	16 Intercesión de María en favor de la familia de los pueblos	147
	María en la primera encíclica del papa Benedicto XVI	148

CAPÍTULO 9	Creo en el perdón de los pecados	151
	El perdón de los pecados	151
CAPÍTULO 10	Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna	153
	La resurrección de la carne	154
	La resurrección de Cristo y la nuestra	155
	La vida eterna	156
	Juicio particular	156
	El juicio final	156
CAPÍTULO 11	Amén	159
	La palabra «Amén»	159
BIBLIOGRAFÍA	Del Papa Benedicto XVI	161
	Sobre el Papa Benedicto XVI	162
	De Raúl Berzosa (bibliografía relacionada con el tema del Credo)	162

Prólogo

Este libro trata de hacer más comprensible el Credo de nuestra Fe. Desea ofrecer claves seguras y genuinamente cristianas para evangelizar desde la memoria para la esperanza. La brújula segura que nos orientará es el Catecismo de la Tradición Católica y la doctrina del papa Benedicto XVI.

Sitúo esta obra en una triple perspectiva: primera, la del obispo-pastor, y no simple intelectual o estudioso; segunda, la de un obispo-pastor que está insertado en una diócesis; y, tercera, la de un obispo-pastor que tuvo la gran fortuna de conocer, desde muy temprana edad, el Magisterio del Vaticano II y de los grandes papas del siglo xx e inicios del XXI Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I, Juan Pablo II y, ya en nuestros días, Benedicto XVI.

Permítaseme, al comienzo, una cita de un libro escrito a finales de la década de los cincuenta del siglo pasado. Su autor, Henri de Lubac:

En el patio del recreo, al salir de la capilla, reíase un muchacho del sermón que había tenido que escuchar. Sermón bien ordinario, como tantos otros. Queriendo decir algo sobre Dios, el predicador había presentado a su joven auditorio todo un conjunto de fórmulas abstractas y devotas, que habían producido sobre el espíritu de los que no estuvieran dormidos el efecto más ridículo. El inspector, que era un hombre de Dios, acercase al risueño jovencito y, en lugar de darle una reprimenda, le dijo suavemente: “¿Has pensado alguna vez que no hay cosa más difícil que hablar de esa materia?”. El muchacho no era tonto, reflexionó. Y este incidente le

hizo entrar por primera vez en la conciencia del misterio; del doble misterio del hombre y de Dios¹.

Por otro lado, en plena madurez, aquel mismo niño ya con vocación de teólogo probada, declaraba: «Dios es simplemente el Señor... Él es también el maestro de Sí mismo... Dios es absolutamente libre... Pero Él ama verdadera y realmente... Nada limita la independencia soberana del Dios que se da»².

La experiencia de nuestro teólogo se puede traducir hoy, en forma de interrogantes, de la siguiente manera:

- 1 ¿Cómo puede hablarse de Dios, con credibilidad y comprensibilidad, al hombre y mujer de nuestros días?...
- 2 ¿Cómo se puede hablar de Dios después de Hiroshima, de Auschwitz, de los macroatentados del 11-9-2001 y del 11-3-2004, o de la guerra en la franja de Gaza y otras muchas más?...
- 3 ¿Cómo se puede hablar de Dios cuando la ciencia (y la sociedad), aparentemente, ya no necesitan la hipótesis «Dios» ni como base de su legiti-

¹H. de Lubac, *Por los caminos de Dios*, Carlos Lohlé, Buenos Aires 1962, 11.

²H. de Lubac, *Surnaturel*, conclusión, *in fine*, 494. Para una visión completa de la teología de H. de Lubac, cf. R. Berzosa, «Es posible hablar de Dios», *Estudios Trinitarios*, XLIV/1 (2010) 3-56.

mación o de su convivencia, en un caso, ni siquiera como planteamiento científico, en otro?...

4 Finalmente, ¿cómo puede hablarse de Dios cuando parece haber sido relegado en la despena del disco duro del ordenador (cibernética), parece haberse mutado en la diosa Gaya (ecologismo), es sospechoso como fuente de todas las violencias y conflictos (fundamentalismo religioso y científico) o sencillamente equivale al simple desarrollo de nuestro potencial humano (New Age)?...

Como en casi todas las realidades, las opiniones parecen irreconciliables: para unos, Dios ha muerto definitivamente en nuestra cultura: ¿para qué le necesitamos? o, en el mejor de los casos, ¿dónde encontrarle? (L. Wittgenstein)³. Para otros, Dios no solo ha desaparecido sino, que sigue siendo un peligro: sería el causante del regreso de teocracias trasnochadas (G. Kepell)⁴. Curiosamente, en nuestra época, la negación de Dios se muestra apasionada⁵: así, negar a Dios para amar al hombre (L. Feuerbach); negar a Dios para amar la justicia (K. Marx); negar a Dios para amar la vida (F. Nietzsche); negar a Dios para amar al hombre en su fragilidad (S. Freud); negar a Dios para amar el progreso (A. Comte); negar a Dios para amar la ciencia (R. Carnap y M. Foucault); negar a Dios para amar la libertad (J. P. Sastre). E, incluso, pudiéramos añadir: negar a Dios para amar la felicidad hedonista (M. Onfray); negar a Dios para amar la prehistoria (E. Carbonell); o negar a Dios para amar la naturaleza (ecologismo cerrado).

Ya Ortega y Gasset, en su obra *El espectador*⁶, venía a decir más o menos lo que sigue: en la órbi-

³ Cf. M. A. Quintanilla, *Diccionario de filosofía contemporánea*, Sígueme, Salamanca 1985, 479-482.

⁴ G. Kepell, *La revancha de Dios*, Alianza Editorial, Madrid 2005.

⁵ Cf. E. Bueno, *100 fichas sobre Dios*, Monte Carmelo, Burgos 2007, 29-50.

⁶ Cf. J. L. Abellan, *Ortega y Gasset en la filosofía española*, Editorial Tecnos, Madrid 1966.

ta de la tierra hay parhelio y perihelio, es decir, un tipo de máxima aproximación al sol y un tiempo de máximo alejamiento. Un espectador astral que viese la tierra en el momento en que huye el sol pensaría que el planeta no habría de volver nunca junto a él, sino que cada vez se alejaría más. Pero si es capaz de esperar, verá que la tierra, en suave inflexión, volverá otra vez al sol como el *boomerang* a la mano que lo lanzó. Algo parecido acontece en la órbita de la historia con relación a Dios.

Hay épocas de *odium dei*, de huida de lo divino, en que Dios llega casi a desaparecer del horizonte; y otras, como la presente, en que Dios, por muchos y diversos factores, siempre parece retornar con fuerza⁷. O, para ser más precisos, se está produciendo una verdadera transformación de lo sagrado, porque una sociedad secularizada no es necesariamente una sociedad *arreligiosa*, sino una sociedad donde las religiones tradicionales no detectan ya el monopolio. En este sentido, no es la pura indiferencia lo que caracteriza nuestra sociedad, sino el que las creencias escapan al control de las iglesias y religiones tradicionales (Hervier-Léger). No está en crisis lo sagrado, sino la «religión de iglesias». E, incluso, cuando se habla de apostasías no lo son tanto de Dios, sino de la desafección de lo eclesial. Si bien es cierto que la experiencia religiosa se nutre de la experiencia personal (G. Anleo) y que lo religioso no se caracteriza por la síntesis, sino por la yuxtaposición de doctrinas y ritos (F. Champion). Del fiel practicante hemos pasado al peregrino o coleccionador de experiencias y de religiosidad «a la carta» (Hervier-Léger). En cualquier caso, lo religioso se transmite por contacto personal y por contagio comunitario (P. Belderrain)⁸.

⁷ Cf. R. Berzosa, *Transmitir la Fe en un nuevo siglo*, DDB, Bilbao 2006, 33-39, donde nos hacemos eco, entre otros, del interesante artículo de L. Oviedo Torro, «Un sigiloso retorno a lo sagrado», *Razón y Fe* 1280 (Junio 2005) 497-512.

⁸ Cf. R. Berzosa, *Transmitir la Fe en un nuevo siglo*, DDB, Bilbao 2006, 23-75.

Por otro lado, se está escribiendo sin complejos que el siglo XXI es el siglo de lo religioso, del retorno de la religión (W. Weimer)⁹. La religión experimenta en casi todo el planeta un renacimiento, aunque en Europa es un proceso más lento. Europa es como una isla agnóstica en medio de un mar de movimientos neocreyentes. Se apostilla, con cierta crueldad, que el siglo XX fue uno de los más ateos de la historia y, por eso mismo, de mayor catástrofe humanitaria.

Dejemos divagaciones e introducciones y nos centramos ya en nuestra obra. Agradezco a la editorial Verbo Divino haberme concedido la oportunidad de poder publicar estas páginas, especialmente dirigidas a catequistas, animadores de la Fe o simplemente a quienes buscan las verdades más elementales de nuestro Credo.

Una pregunta lacerante: ¿Puede estar de actualidad el Credo? Respondo con unas palabras de O. González de Cardenal:

Cada generación histórica, cada generación eclesial, ha de poder recibir el Credo sintiendo pasar toda su vida y todos sus problemas a las fórmulas. De lo contrario, no son una *confessio fidei* (confesión de Fe)... El Credo de la comunidad cristiana, para seguir siendo la expresión viva de una Fe viviente, no basta con ser repetido verbalmente. Necesita una permanente interpretación... que ilumine en forma inteligible su contenido a los creyentes de un momento histórico determinado. Una simple repetición verbal, aparentemente la más fiel, puede ser en el fondo una traición al contenido... Hacer un comentario al Credo o escribir un catecismo es la prueba suprema para un teólogo. Lo difícil es hablar de las realidades más elementales y primarias en la forma más elemental y primaria... la *summa* de cualquier teólogo está en definitiva llamada a ser humilde, esclarecedor y crítico comentario al símbolo de la única Iglesia. Ella es destinataria de la obra realizada y juez de su valor¹⁰.

⁹W. Weimer, *Creer. El retorno de la religión*, Sal Terrae, Santander 2006.

¹⁰O. González de Cardenal, nota preliminar a J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2001, 13-15

De igual manera, el obispo Alfonso Carrasco¹¹ ha escrito que «... los doce artículos del Credo no quieren proporcionar un sistema de ideas filosóficas o religiosas, que formarían parte simplemente de las muchas reflexiones de los hombres sobre el mundo y el misterio divino, sino que intentan mostrar la inteligencia profunda y amorosa con que los hechos de la historia de la salvación iluminan la vida humana».

En la presente edición, cada uno de los artículos de Fe se ha dividido en las siguientes partes:

- 1 El enunciado del Credo de los Apóstoles y del niceno-constantinopolitano. Teniendo también en cuenta, en el trasfondo, el enunciado actualizado del papa Pablo VI en su «Credo del Pueblo de Dios».
- 2 Una explicación y profundización de cada uno de los artículos de Fe del Credo, teniendo en cuenta lo que afirma el nuevo Catecismo de la Iglesia Católica y el Compendio del Catecismo, y añadiendo los comentarios del papa Benedicto XVI, antes cardenal J. Ratzinger, de forma privilegiada. Es la mejor manera para entender todo lo anterior, realizar una síntesis lo más completa posible, y no perdernos en el intento. Confieso que estaba en cierta manera en deuda con el papa Benedicto XVI a quien había tenido que leer en mis años de docencia en la Facultad de Teología del norte de España, en las sedes de Burgos y Vitoria,¹² y de quien me atreví a realizar una brevísima y muy incompleta semblanza¹³. Pero no había tenido ocasión, como la presente, de realizar una lectura mucho más profunda e

¹¹Cf. J. Ratzinger, H. U. von Balthasar et ál., *Yo creo*, Encuentro, Madrid 2010, 8.

¹²Cf. J. Ratzinger, *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, Herder, Barcelona 1985.

¹³Cf. La voz «Ratzinger, J.», en J. Bosch, *Diccionario de teólogos contemporáneos*, Monte Carmelo, Burgos 2004, 801-802.

integral de su obra. Vaya por delante mi admiración y agradecimiento sinceros.

3 Finalmente, en cada apartado o sección se distribuye una serie de textos complementarios, en recuadro, para leer o para orar, tomados de la liturgia de la Iglesia (Misal Romano) y del Catecismo *Esta es nuestra Fe. Esta es la Fe de la Iglesia*, editado por la Conferencia Episcopal Española. La liturgia supone entrar en el misterio que se nos da y no puede ser inventado o manipulado, porque incluye lo mejor de la tradición, porque es patrimonio de la comunidad que la recibe y se recibe a sí misma y porque es la manera que tiene la Iglesia para que la humanidad se encuentre realmente con Dios. Si la liturgia entra en crisis, entra en crisis la Iglesia misma; si la liturgia es menospreciada, se menosprecia el mismo cristianismo¹⁴.

Si se me pide expresar cuál puede ser mi aportación más original en esta obra, no tengo reparo en afirmar que ninguna. Porque, en el presente escrito, originalidad y fidelidad han tenido que caminar de la mano necesariamente. He tratado, sencillamente, de hacer realidad lo expresado por el Concilio Vaticano II cuando se nos pedía tres cosas: volver a las fuentes más genuinas y claras de la revelación; diálogo sincero con la cultura de hoy; y pastoralidad o dar respuesta a los problemas de los

hombres y mujeres de hoy. En estas claves se ofrece el presente escrito.

Unas frases del papa Benedicto XVI, pronunciadas al inicio de su pontificado, cierran este prólogo: «Mi verdadero programa de gobierno no es hacer mi voluntad ni seguir mis propias ideas, sino ponerme con toda la Iglesia a la escucha de la Palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea Él mismo quien conduzca la Iglesia en esta hora de nuestra Iglesia»¹⁵. Lo expresado por el papa Benedicto XVI sirve para toda la Iglesia: estamos subordinados a Cristo y a su Palabra. Por eso no debemos proclamar nuestras propias ideas ni adaptar el Credo o «aguarlo» (convertir el vino del Espíritu en agua). La responsabilidad es asegurar que la Palabra de Dios siga estando presente en toda su grandeza y siga resonando en toda su pureza¹⁶. W. Sandfuchs¹⁷ lo ha expresado con toda claridad: «Resulta indispensable destacar el elemento permanente del patrimonio de la fe, cuya validez está por encima de todas las evoluciones necesarias, y subrayar nuevamente su significado para el individuo y para la comunidad». Este sería también el objetivo de la presente publicación. Pido al Espíritu Santo que me ilumine y ayude en esta hermosa y ardua tarea, siempre al servicio del lector.

Cecilio Raúl Berzosa Martínez,
obispo titular de Arcávida y auxiliar de Oviedo
Oviedo-Palenzuela, invierno-primavera-verano de 2010

¹⁴ Cf. J. J. Flores; «J. Ratzinger y la liturgia», en AA. VV., *El Espíritu de J. Ratzinger, Benedicto XVI*, «Communio» 7 (invierno de 2007) 139-159; Benedicto XVI, *El espíritu de la liturgia*, Cristiandad, Madrid 2007.

¹⁵ *Insegnamenti I* (2005) 20-26. Recogido en A. M. Navarro Le-canda, *Tiempo para Dios. La teología del año litúrgico de Benedicto XVI (2005-2008)*, Editorial Eset, Vitoria 2009, 8.

¹⁶ G. Weigel, *La elección de Dios. Benedicto XVI y el futuro de la Iglesia*, Critería, Madrid 2006, 301.

¹⁷ Cf. J. Ratzinger, H. U. von Balthasar et ál., *Yo creo*, Encuentro, Madrid 2010, 13.

La Fe es «eclesial»¹⁸

Lleva razón J. L. Restán cuando afirma que el papa Benedicto XVI tiene un único e importante programa: comunicar la Fe; y que esta es la clave de su misión¹⁹.

Lo que denominamos Credo o símbolo de nuestra Fe se elaboró entre los siglos II-III, muy unido al sacramento del Bautismo. El Credo tiene como fundamento las palabras del mismo Jesucristo: «Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19). Al bautizado, desde los inicios de la iglesia en Roma, se le hacen tres preguntas: «¿Crees en Dios Padre Todopoderoso? ¿Crees en Jesucristo, Hijo de Dios? ¿Crees en el Espíritu Santo?». En el s. II, se amplía la parte que corresponde a la Fe en Jesucristo. Y, en el s. IV, el Credo, ya más completo en su formulación, no tiene la forma de pregunta-respuesta, sino de proclamación de verdades.

Pero las formulaciones del Credo no tuvieron una aceptación unánime. Lo que en la Iglesia romana venía siendo tradicional, no lo era para las iglesias orientales. Todavía en el s. XV, en Oriente, no existía un símbolo de Fe unitario para todas las



La lengua original del Credo fue el griego y, más tarde, se tradujo al latín. Hacia el siglo V nace la tradición de que cada uno de los doce artículos de Fe procedía de cada uno de los Apóstoles. Así lo expuso, por ejemplo, san Ambrosio²⁰.

iglesias locales porque no existía, como en Occidente, una iglesia, como la romana, con posición privilegiada en relación al resto. Existían en Oriente diversos Credos. Como nota curiosa, en Occidente, el Credo se formula de forma «cristológica» y en clave de historia de salvación, es decir, Dios se hizo hombre por nosotros y vino a salvarnos. En Oriente, los Credos más primitivos, recogen formulas más «cósmicas y salvíficas», donde se une el misterio de Cristo y todo el misterio de la creación.

La exposición del Credo de los Apóstoles aparece por primera vez documentado en una carta enviada por el sínodo de Milán (390) al papa Siricio²¹. El texto actual aparece por primera vez completo en la obra *Scarapsus* del autor Pirminio, de origen posiblemente español, y escrito entre el 710 y el 724²². Fue aceptado por Roma entre los siglos IX-XI se inte-

¹⁸ Cf. Prólogo a J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2001, 73-86.

¹⁹ M. Bardazzi, *De J. Ratzinger a Benedicto XVI*, Encuentro, Madrid 2006, 115-129.

²⁰ San Ambrosio, *Explanatio Symboli*, 8: CSEL 73, 3-12.

²¹ Cf. PL 16, 1174.

²² Cf. DS 28; PL 89, 1034 y ss.

gró en el Catecismo de Trento y en el Breviario Romano. Fue altamente apreciado por las iglesias de la Reforma protestante²³.

El símbolo más ampliado es el denominado niceno-constantinopolitano, fruto del I Concilio de Nicea (325) y del I de Constantinopla (381), aunque es cierto que la adhesión de Occidente no se logró hasta 70 años después, en el Concilio de Calcedonia. Como venimos repitiendo, la fijación y aceptación de este Credo fue una historia muy compleja. Benedicto XVI se atreve a indicar una lección que nunca debe olvidarse, al hilo de la complejidad de la historia del Credo: siempre estará la superioridad de la Iglesia sobre el Estado, y la unidad de la Iglesia universal es imposible sin la unidad con el obispo de Roma. La Iglesia no crece a base solo de compromisos y adaptaciones o de simples teorías. La historia de la fijación del Credo nos enseña que, aunque fluyan múltiples factores humanos para conseguir una unidad, se pone de relieve que no son los hombres quienes forjan la unidad de la Fe, sino que esta es fruto del Espíritu Santo²⁴. Parafraseando también una frase de Benedicto XVI, en otro contexto, podemos afirmar que «la teología necesita un nuevo comienzo en el pensar, que no es producto de nuestra reflexión, sino del encuentro con una Palabra que siempre nos precede. Es lo que llamamos “conversión”. Ya que no hay teología sin Fe no habrá tampoco teología sin conversión»²⁵. Y me atrevo a añadir, y no habrá estudio de nuestro Credo sin Fe, sin teología y sin conversión.

En cualquier caso, el Credo, el creer, implica una triple dimensión para el bautizado, o un cam-

bio a una vida nueva, en tres dimensiones: conversión al Dios cristiano; viraje existencial y vida en el Espíritu; y cambio en su ser mismo, ya que se convierte en hijo en el Hijo.

Y, siempre, el creer comporta una dimensión eclesial y comunitaria. Desde el Bautismo se muestra que el creer nos viene mediante el diálogo, por la escucha. La Fe no es el resultado de una elucubración personal o individual. Se nos pregunta, primero: «¿Crees?». Y, acto seguido, viene la respuesta: «Creo». La Fe viene desde la audición que la comunidad eclesial te hace y no tanto de la reflexión, que es un segundo momento. Por eso el cristianismo no es ideología, literatura o filosofía. En la filosofía, el pensamiento precede a la idea y al concepto. En la Fe, lo esencial y que penetrará a la persona «viene de fuera, de la escucha, de la aceptación de lo dado»²⁶.

Igualmente, la Fe está ordenada a la comunidad y desemboca en una vida comunitaria. En la filosofía, lo que prima es la búsqueda de la verdad, y después se comparte. En la Fe hay una llamada, desde el principio, a la comunión eclesial, y, en ese clima, cada cristiano encuentra su personalidad profunda²⁷.

Hay que destacar que al Credo se le denomina también «símbolo», porque los diversos artículos o enunciados forman un todo²⁸. Esto mismo, aplicado a la Fe cristiana, encierra una verdad muy profunda: cada cristiano que profesa su Fe solo se puede realizar completamente en su creer cuando hace posible la unión con los demás. Repetimos que la comunidad eclesial, y en ella la comunión, es parte esencial de la Fe de cada cristiano. El cristianismo no es un sistema de ideas, sino un «camino». El «nosotros» de los cristianos no es algo secundario o superpuesto. Somos los convocados o

²³ Cf. Santiago del Cura Elena, «Símbolos de Fe», en *Diccionario Teológico del Dios Cristiano*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1992, 1292-1307.

²⁴ J. Ratzinger, *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, Herder, Barcelona 1985, 131-143.

²⁵ Recogido en P. Blanco, *J. Ratzinger, vida y teología*, Rialp, Madrid 2006, 85.

²⁶ Cf. *ibíd.*, 79-81.

²⁷ Cf. *ibíd.*, 81-82.

²⁸ Cf. *ibíd.*, 85-86.



Symbollum viene de *symballein* que, en griego, significa 'fusionar', y hace alusión a las dos partes de una sortija, de un anillo o de una pieza que se podían ensamblar entre sí y que eran los signos por los que se reconocían a los huéspedes, a los mensajeros o a las partes que hacían un contrato. Poseer una parte del símbolo daba derecho a un bien o a la hospitalidad.

llamados (*ecclesia*) en camino hacia la nueva Jerusalén. Una comunidad-comunión en camino que escucha y anuncia la palabra, que celebra los misterios de la Fe y que traduce el amor de Dios en concreción de atención a los más necesitados. Estas son las dimensiones del Credo y de la Iglesia: vivencia de comunión, anuncio, celebración y compromiso. Y es lo que produce la Fe cristiana: liberación de nuestra limitación para encontrar al Liberador, al Dios vivo, y liberación del egocentrismo para encontrarse con los demás.

Finalmente, para valorar la actualidad o no del Credo para el hombre y la mujer de hoy, me hago eco de las mismas palabras del entonces cardenal J. Ratzinger cuando, al presentar el Catecismo de la Iglesia, afirmó que después de la caída de las ideologías, el problema del hombre y el problema moral se plantean de un modo totalmente nuevo: ¿Qué debemos hacer? ¿Qué hay que hacer para que la vida sea como tiene que ser? ¿Quién puede darnos un futuro digno de vivirse? Dado que el Catecismo (y, añadimos, el Credo) responden a estas preguntas, se puede decir que están de plena actualidad. El Credo nos hablaría entonces, inseparablemente, de Dios y del hombre. El Credo respondería a quiénes son Dios y el hombre, en verdad, y cuál es la felicidad plena, ya que todos anhelamos la felicidad. Y la respuesta es clara: la felicidad es el amor que nos otorga un Dios Amor. El Catecismo, nos recordará, en su primera parte, recoge el símbolo apostólico de la Fe que, desde tiempos anti-

guos, era la catequesis bautismal. Y nos recuerda que nuestra Fe no es una teoría, sino un evento, un encuentro con el Dios vivo que es nuestro Padre, que en su Hijo Jesucristo asumió la naturaleza humana, que en el Espíritu Santo nos une, y en todo esto permanece único, un único Dios. Gracias al vínculo que une la enseñanza de la Fe con la confesión bautismal, resulta claro también que la catequesis no es una simple comunicación de una teoría religiosa, sino que quiere poner en movimiento un proceso vital: el ingreso en el Bautismo, en la comunión con Dios y con los demás²⁹.

En este mismo sentido, el cardenal J. Ratzinger, se llegó a preguntar, diez años después de la promulgación del nuevo Catecismo de la Iglesia Católica, si este estaba a la altura de la época en la que vivimos³⁰. La pregunta valdría también para el tema del Credo. Con la lucidez que le caracteriza, el entonces cardenal denunció que algunos teólogos y especialistas de catequesis se oponían a la publicación de un catecismo, ya que la certeza de Fe aparecía como lo opuesto a la libertad y a la naturalidad de la reflexión. Pero, subraya J. Ratzinger, la Fe no es primariamente materia para experimentos intelectuales, sino el sólido fundamento sobre el cual basamos la vida y la muerte. Las certezas de Fe abren siempre nuevos horizontes, mientras que el movimiento circular de la reflexión experimental aburre. Concluía que la totalidad de la Fe católica, en una visión orgánica de la misma, es hermosa como totalidad porque centellea el esplendor de la verdad.

Enunciamos brevemente los Credos o símbolos de nuestra Fe y añadimos la versión de Pablo VI denominada «Credo del Pueblo de Dios».

²⁹ Recogido en J. Villagrasa, *J. Ratzinger en Ecclesia*, Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma 2006, 173-177.

³⁰ J. Ratzinger, *Caminos de Jesucristo*, Cristiandad, Madrid 2005, 140-160.

CREDO DE LOS APÓSTOLES

Creo en Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre Todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna.

Amén.

CREDO NICENO-CONSTANTINOPOLITANO

Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible. Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas.

Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo Bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro.

Amén.

CREDO DEL PUEBLO DE DIOS (Pablo VI)

Creemos en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Creador de las cosas visibles –como es este mundo en que pasamos nuestra breve vida– y de las cosas invisibles –como son los espíritus puros, que llamamos también ángeles– y también Creador, en cada hombre, del alma espiritual e inmortal.

Creemos que este Dios único es tan absolutamente uno en su santísima esencia como en todas sus demás perfecciones: en su omnipotencia, en su ciencia infinita, en su providencia, en su voluntad y caridad. *Él es el que es*, como él mismo reveló a Moisés (cf. Ex 3,14), él es *Amor*, como nos enseñó el apóstol Juan (cf. 1 Jn 4,8), de tal manera que estos dos nombres, Ser y Amor, expresan inefablemente la misma divina esencia de aquel que quiso manifestarse a sí mismo a nosotros y que, *habitando la luz inaccesible* (cf. 1 Tim 6,16), está en sí mismo sobre todo nombre y sobre todas las cosas e inteligencias creadas. Solo Dios puede otorgarnos un conocimiento recto y pleno de sí mismo, revelándose a sí mismo como Padre, Hijo y Espíritu Santo, de cuya vida eterna estamos llamados por la gracia a participar, aquí, en la tierra, en la oscuridad de la Fe, y después de la muerte, en la luz sempiterna. Los vínculos mutuos que constituyen a las tres personas desde toda la eternidad, cada una de las cuales es el único y mismo Ser divino, son la vida íntima y dichosa del Dios santísimo, la cual supera infinitamente todo aquello que nosotros podemos entender de modo humano.

Sin embargo, damos gracias a la divina bondad de que tantísimos creyentes puedan testificar con nosotros ante los hombres la unidad de Dios, aunque no conozcan el misterio de la santísima Trinidad.

Creemos, pues, en Dios, que en toda la eternidad engendra al Hijo; creemos en el Hijo, Verbo de Dios, que es engendrado desde la eternidad; creemos en el Espíritu Santo, persona increada, que procede del Padre y del Hijo como amor sempiterno de ellos. Así, en las tres personas divinas, que son *eternas entre sí e iguales entre sí*, la vida y la felicidad de Dios enteramente uno abundan sobremanera y se consuman con excelencia suma y gloria propia de la esencia increada; y siempre *hay que venerar la unidad en la trinidad y la trinidad en la unidad*.

Creemos en nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios. Él es el Verbo eterno, nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancial al Padre, u *homoousios to Patri*, por quien han sido hechas todas las cosas. Y se encarnó por obra del Espíritu Santo, de María la Virgen, y se hizo hombre: *igual, por tanto, al Padre según la divinidad, menor que el Padre según la*

humanidad, completamente uno, no por confusión (que no puede hacerse) de la sustancia, sino por unidad de la persona.

Él mismo habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad. Anunció y fundó el reino de Dios, manifestándonos en sí mismo al Padre. Nos dio su mandamiento nuevo de que nos amáramos los unos a los otros como él nos amó. Nos enseñó el camino de las bienaventuranzas evangélicas, a saber: ser pobres en espíritu y mansos, tolerar los dolores con paciencia, tener sed de justicia, ser misericordiosos, limpios de corazón, pacíficos, padecer persecución por la justicia. Padebió bajo Poncio Pilato; Cordero de Dios, que lleva los pecados del mundo, murió por nosotros clavado a la cruz, trayéndonos la salvación con la sangre de la redención. Fue sepultado, y resucitó por su propio poder al tercer día, elevándonos por su Resurrección a la participación de la vida divina, que es la gracia. Subió al cielo, de donde ha de venir de nuevo, entonces con gloria, para juzgar a los vivos y a los muertos, a cada uno según los propios méritos: los que hayan respondido al amor y a la piedad de Dios irán a la vida eterna, pero los que los hayan rechazado hasta el final serán destinados al fuego que nunca cesará.

Y su reino no tendrá fin.

Creemos en el Espíritu Santo, Señor y vivificador que, con el Padre y el Hijo, es juntamente adorado y glorificado. Que habló por los profetas; nos fue enviado por Cristo después de su Resurrección y Ascensión al Padre; ilumina, vivifica, protege y rige la Iglesia, cuyos miembros purifica con tal que no desechen la gracia. Su acción, que penetra lo íntimo del alma, hace apto al hombre de responder a aquel precepto de Cristo: *Sed perfectos como también es perfecto vuestro Padre celeste* (cf. Mt 5,48).

Creemos que la Bienaventurada María, que permaneció siempre Virgen, fue la Madre del Verbo encarnado, Dios y Salvador nuestro, Jesucristo y que ella, por su singular elección, *en atención a los méritos de su Hijo redimida de modo más sublime, fue preservada inmune de toda mancha de culpa original y que supera ampliamente en don de gracia eximia a todas las demás criaturas.*

Ligada por un vínculo estrecho e indisoluble al misterio de la Encarnación y de la Redención, la Beatísima Virgen María, Inmaculada, *terminado el curso de la vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celeste, y hecha semejante a su Hijo, que resucitó de los muertos, recibió anticipadamente la suerte de todos los justos; creemos que la santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia, continúa en el cielo ejercitando su oficio materno con respecto a los miembros de Cristo, por el que contribuye para engendrar y aumentar la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos.*

Creemos que todos pecaron en Adán; lo que significa que la culpa original cometida por él hizo que la naturaleza, común a todos los hombres, cayera en un estado tal en el que padeciese las consecuencias de aquella culpa. Este estado ya no es aquel en el que la naturaleza humana se encontraba al principio en nuestros primeros padres, ya que estaban constituidos en santidad y justicia, y en el que el hombre estaba exento del mal y de la muerte. Así, pues, esta naturaleza humana, caída de esta manera, destituida del don de la gracia del que antes estaba adornada, herida en sus mismas fuerzas naturales y sometida al imperio de la muerte, es dada a todos los hombres; por tanto, en este sentido, todo hombre nace en pecado. Mantenemos, pues, siguiendo el concilio de Trento, que el pecado original se transmite, juntamente con la naturaleza humana, *por propagación, no por imitación, y que se halla como propio en cada uno.*

Creemos que nuestro Señor Jesucristo nos redimió, por el sacrificio de la cruz, del pecado original y de todos los pecados personales cometidos por cada uno de nosotros, de modo que se mantenga verdadera la afirmación del Apóstol: *Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia* (cf. Rom 5,20).

Confesamos creyendo un solo Bautismo instituido por nuestro Señor Jesucristo para el perdón de los pecados. Que el Bautismo hay que conferirlo también *a los niños, que todavía no han podido cometer por sí mismos ningún pecado*, de modo que, privados de la gracia sobrenatural en el nacimiento nazcan de nuevo, *del agua y del Espíritu Santo*, a la vida divina en Cristo Jesús.

Creemos en la Iglesia una, santa, católica y apostólica, edificada por Jesucristo sobre la piedra, que es Pedro. Ella es el *Cuerpo místico de Cristo, sociedad visible, equipada de órganos jerárquicos*, y, a la vez, *comunidad espiritual; Iglesia terrestre, Pueblo de Dios peregrinante aquí en la tierra e Iglesia enriquecida por bienes celestes, germen y comienzo del reino de Dios*, por el que la obra y los sufrimientos de la redención se continúan a través de la historia humana, y que con todas las fuerzas anhela la consumación perfecta, que ha de ser conseguida después del fin de los tiempos en la gloria celeste. Durante el transcurso de los tiempos el Señor Jesús forma a su Iglesia por medio de los sacramentos, que manan de su plenitud. Porque la Iglesia hace por ellos que sus miembros participen del misterio de la muerte y la Resurrección de Jesucristo, por la gracia del Espíritu Santo, que la vivifica y la mueve. Es, pues, santa, aunque abarque en su seno pecadores, porque ella no goza de otra vida que de la vida de la gracia; sus miembros, ciertamente, si se alimentan de esta vida, se santifican; si se apartan de ella, contraen pecados y manchas del alma que impiden que la santidad de ella se difunda radiante. Por lo que se aflige y hace peni-

tencia por aquellos pecados, teniendo poder de librar de ellos a sus hijos por la sangre de Cristo y el don del Espíritu Santo.

Heredera de las divinas promesas e hija de Abrahán según el Espíritu, por medio de aquel Israel, cuyos libros sagrados conserva con amor y cuyos patriarcas y profetas venera con piedad; edificada sobre el fundamento de los apóstoles, cuya palabra siempre viva y cuyos propios poderes de pastores transmite fielmente a través de los siglos en el Sucesor de Pedro y en los obispos que guardan comunión con él; gozando finalmente de la perpetua asistencia del Espíritu Santo, compete a la Iglesia la misión de conservar, enseñar, explicar y difundir aquella verdad que, bosquejada hasta cierto punto por los profetas, Dios reveló a los hombres plenamente por el Señor Jesús. Nosotros creemos todas aquellas cosas que se contienen en la palabra de Dios escrita o transmitida y son propuestas por la Iglesia, o con juicio solemne, o con magisterio ordinario y universal, para ser creídas como divinamente reveladas. Nosotros creemos en aquella infalibilidad de que goza el Sucesor de Pedro cuando habla *ex cathedra* y que reside también en el cuerpo de los obispos cuando ejerce con el mismo el supremo magisterio.

Nosotros creemos que la Iglesia, que Cristo fundó y por la que rogó, es sin cesar una por la Fe, y el culto, y el vínculo de la comunión jerárquica. La abundantísima variedad de ritos litúrgicos en el seno de esta Iglesia o la diferencia legítima de patrimonio teológico y espiritual y de disciplina peculiares no solo *no dañan a la unidad* de la misma, sino que *más bien la manifiestan*.

Nosotros también, reconociendo por una parte que *fuera de la estructura* de la Iglesia de Cristo *se encuentran muchos elementos de santificación y verdad, que como dones propios de la misma Iglesia empujan a la unidad católica*, y creyendo, por otra parte, en la acción del Espíritu Santo, que suscita en todos los discípulos de Cristo el deseo de esta unidad, esperamos que los cristianos que no gozan todavía de la plena comunión de la única Iglesia se unan finalmente en un solo rebaño con un solo Pastor.

Nosotros creemos que *la Iglesia es necesaria para la salvación. Porque solo Cristo es el Mediador y el camino de la salvación que, en su Cuerpo, que es la Iglesia, se nos hace presente*. Pero el propósito divino de salvación abarca a todos los hombres: y aquellos que, *ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, sin embargo, a Dios con corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, por cumplir con obras su voluntad, conocida por el dictamen de la conciencia*, ellos también, en un número ciertamente que solo Dios conoce, *pueden conseguir la salvación eterna*.

Nosotros creemos que la misa que es celebrada por el sacerdote representando la persona de Cristo, en virtud de la potestad recibida por el sa-

cramento del orden, y que es ofrecida por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo místico, es realmente el sacrificio del Calvario, que se hace sacramentalmente presente en nuestros altares. Nosotros creemos que, como el pan y el vino consagrados por el Señor en la última Cena se convirtieron en su cuerpo y su sangre, que en seguida iban a ser ofrecidos por nosotros en la cruz, así también el pan y el vino consagrados por el sacerdote se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo, sentado gloriosamente en los cielos; y creemos que la presencia misteriosa del Señor bajo la apariencia de aquellas cosas, que continúan apareciendo a nuestros sentidos de la misma manera que antes, es verdadera, real y sustancial.

En este sacramento, Cristo no puede hacerse presente de otra manera que por la conversión de toda la sustancia del pan en su cuerpo y la conversión de toda la sustancia del vino en su sangre, permaneciendo solamente íntegras las propiedades del pan y del vino, que percibimos con nuestros sentidos. La cual conversión misteriosa es llamada por la Santa Iglesia conveniente y propiamente *transustanciación*. Cualquier interpretación de teólogos que busca alguna inteligencia de este misterio, para que concuerde con la Fe católica, debe poner a salvo que, en la misma naturaleza de las cosas, independientemente de nuestro espíritu, el pan y el vino, realizada la consagración, han dejado de existir, de modo que, el adorable cuerpo y sangre de Cristo, después de ella, están verdaderamente presentes delante de nosotros bajo las especies sacramentales del pan y del vino, como el mismo Señor quiso, para dársenos en alimento y unirnos en la unidad de su Cuerpo místico.

La única e indivisible existencia de Cristo, el Señor glorioso en los cielos, no se multiplica, pero por el sacramento se hace presente en los varios lugares del orbe de la tierra, donde se realiza el sacrificio eucarístico. La misma existencia, después de celebrado el sacrificio, permanece presente en el Santísimo Sacramento, el cual, en el tabernáculo del altar, es como el corazón vivo de nuestros templos. Por lo cual estamos obligados, por obligación ciertamente suavísima, a honrar y adorar en la Hostia Santa que nuestros ojos ven, al mismo Verbo encarnado que ellos no pueden ver, y que, sin embargo, se ha hecho presente delante de nosotros sin haber dejado los cielos.

Confesamos igualmente que el reino de Dios, que ha tenido en la Iglesia de Cristo sus comienzos aquí en la tierra, *no es de este mundo* (cf. Jn 18,36), *cuya figura pasa* (cf. 1 Cor 7,31), y también que sus crecimientos propios no pueden juzgarse idénticos al progreso de la cultura de la humanidad o de las ciencias o de las artes técnicas, sino que consiste en que se conozcan cada vez más profundamente las riquezas insondables de Cristo, en que se ponga cada vez con mayor constancia la esperanza en los bienes eternos, en que cada vez más ardientemente se responda al amor de

Dios; finalmente, en que la gracia y la santidad se difundan cada vez más abundantemente entre los hombres. Pero con el mismo amor es impulsada la Iglesia para interesarse continuamente también por el verdadero bien temporal de los hombres. Porque, mientras no cesa de amonestar a todos sus hijos que *no tienen aquí* en la tierra *ciudad permanente* (cf. Heb 13,14), los estimula también, a cada uno según su condición de vida y sus recursos, a que fomenten el desarrollo de la propia ciudad humana, promuevan la justicia, la paz y la concordia fraterna entre los hombres y presten ayuda a sus hermanos, sobre todo a los más pobres y a los más infelices. Por lo cual, la gran solicitud con que la Iglesia, Esposa de Cristo, sigue de cerca las necesidades de los hombres, es decir, sus alegrías y esperanzas, dolores y trabajos, no es otra cosa sino el deseo que la impele vehementemente a estar presente a ellos, ciertamente con la voluntad de iluminar a los hombres con la luz de Cristo, y de congregar y unir a todos en aquel que es su único Salvador. Pero jamás debe interpretarse esta solicitud como si la Iglesia se acomodase a las cosas de este mundo o se resfriase el ardor con que ella espera a su Señor y el reino eterno.

Creemos en la vida eterna. Creemos que las almas de todos aquellos que mueren en la gracia de Cristo –tanto las que todavía deben ser purificadas con el fuego del purgatorio como las que son recibidas por Jesús en el paraíso en seguida que se separan del cuerpo, como el Buen Ladrón– constituyen el Pueblo de Dios después de la muerte, la cual será destruida totalmente el día de la resurrección, en el que estas almas se unirán con sus cuerpos.

Creemos que la multitud de aquellas almas, que con Jesús y María se congregan en el paraíso, forma la Iglesia celeste, donde ellas, gozando de la bienaventuranza eterna, ven a Dios, como Él es y participan también, ciertamente en grado y modo diverso, juntamente con los santos ángeles, en el gobierno divino de las cosas, que ejerce Cristo glorificado, como quiera que interceden por nosotros y con su fraterna solicitud ayudan grandemente nuestra flaqueza.

Creemos en la comunión de todos los fieles cristianos, es decir, de los que peregrinan en la tierra, de los que se purifican después de muertos y de los que gozan de la bienaventuranza celeste, y que todos se unen en una sola Iglesia; y creemos igualmente que en esa comunión está a nuestra disposición el amor misericordioso de Dios y de sus santos, que siempre ofrecen oídos atentos a nuestras oraciones, como nos aseguró Jesús: «Pedid y recibiréis» (cf. Lc 10,9-10; Jn 16,24). Profesando esta Fe y apoyados en esta esperanza, esperamos la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero.

Bendito sea Dios, santo, santo, santo. Amén.